

En medio de una crisis sin precedentes

Venezuela: el país que se resiste a morir

Betzabet Melo* y Héctor Escandell Marcano**



CARLOS GARCÍA RAWLINS/REUTERS

El intercambio de experiencias facilita la concreción de resultados y las líneas que siguen son muestra de ello. Los más recientes aportes presentados por la Coordinación Nacional de Formación del Centro Gumilla nos permiten ver el país desde las regiones, una realidad ampliamente distinta a la capital, donde entre retos y dificultades existe una fe que no caduca

Los venezolanos son como un *porfiao*, justamente como ese muñeco de plástico que, por más que lo empujas, no termina de caerse. Se adapta, resiste y se reinventa para afrontar la próxima embestida. El año 2020 fue como ese gran reto a lo impensado, afrontar una pandemia, en medio de la emergencia humanitaria compleja que mantiene a la mayoría de la gente en el más profundo estado de miseria.

Las proyecciones para el país que viene en 2021 son alarmantes —como desde hace más de cinco años—, y aunque cueste describirla, la capacidad de adaptación también es un elogio a la utopía.

El analista Michael Penfold advirtió –en el pasado encuentro del Sector Social de la Compañía de Jesús– que a partir de enero las piezas de la institucionalidad van a cambiar en el tablero. Unos porque ya no entrarán en la Asamblea Nacional y otros porque entrarán en ella sin la legitimidad necesaria, pero van a entrar.

La desmovilización social es evidente, tanto para la participación en asuntos políticos, como para ejercitar la organización y la articulación comunitaria, más allá de protestas puntuales para exigir mejoras de servicios públicos. Sobre lo primero, los datos de participación en las elecciones parlamentarias del 6 de diciembre y en la consulta popular demuestran que, desde antes, la gente no tenía ni la más mínima intención de acercarse a estos dos eventos, bien sea por desconfianza o por falta de información, lo cierto es que la desinstitucionalización se profundiza y el “sálvese quien pueda” agarra un vuelo que asusta.

EL PAÍS DE LAS REGIONES

Con el avance de la crisis, se profundizó la diferencia entre el Distrito Capital y el resto del país, entre el centro del poder y lo prescindible. Desde el Gobierno, los planes parecieran estar pensados solo para calmar la agonía de Caracas, aunque el resto de la gente muera de mengua.

Estados como Táchira, Trujillo, Zulia, Mérida, Lara y Barinas sufren –diariamente– constantes apagones que les imposibilita lo más básico de la vida, son estados sumergidos en la oscuridad de la indiferencia. Los cortes eléctricos se pueden extender hasta por doce, catorce o dieciocho horas en un día, ¿cómo se puede vivir así?, ¿cómo se puede producir así? Sin embargo, la gente sigue ahí, despertándose temprano, pateando la calle y con tapabocas, buscando las *tres papas* del día. Aunque casi nunca lo consigan, el nivel de resistencia se multiplica y alumbra la ilusión del “no todo está perdido”.

La misma crueldad la viven los vecinos de cualquier ciudad del oriente y del suroriente; el agua por tubería es un espejismo, el transporte apagó los motores y la posibilidad de conseguir gasolina es casi nula. Estados como Anzoátegui, Sucre, Delta Amacuro y Bolívar son de los que más protestan para exigir servicios públicos de calidad. Esa estadística también es una demostración del intenso grito de resiliencia.

Un elemento común en el país de las regiones es la fragmentación y la ruptura del tejido social, la percepción colectiva del cada quien a lo suyo, sobrevivir a un entorno hostil es imperativo. Un día con el estómago lleno representa, para muchos, solo un peldaño en el nivel de dificultad que deberán superar 24 horas después.

Los datos que reveló la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (Encovi) de los venezola-

nos, sustentan cualquier análisis sociológico. Es justamente en esta zona del país –más Amazonas– donde están los pobres más pobres, los descartados; es en estas zonas del país donde la desnutrición se pega a los huesos y un alarido se escucha repetidamente en los pueblos indígenas.

Según las cifras, el 92 % de los amazonenses vive en pobreza y de ellos, el 71 % sobrevive, es decir, sufre pobreza extrema. Los municipios Maroa y Atabapo registran 99 % de pobreza. Por su parte en Delta, el 73 % de la población del municipio Antonio Díaz vive en pobreza extrema, en Tucupita lo hace el 70 %, en Pedernales el 69 % y en Casacoima el 68 %. ¿Vivir en la periferia se convirtió en una condena?

¿QUIÉN REPRESENTA A QUIÉN?

Este año también deja una estela de incredulidad feroz. En 2019, al menos las encuestas mostraban cierto respaldo social a la Iglesia católica y a la Asamblea Nacional, pero este 2020 el nivel de desconexión es perturbador. La cuarentena radical alejó a la feligresía de los templos y las promesas insanas condenaron a los parlamentarios al olvido.

“La gente no confía ni en el Gobierno, ni en la oposición” es una frase que resuena en cualquier conversa de esquina. Casi nadie se siente representado por los actores políticos que alguna vez recibieron el respaldo popular. El nacimiento de nuevos liderazgos se ha visto truncado por la inacción derivada de la emergencia sanitaria. Como consecuencia, las posibilidades de un cambio político parecen exiguas. La otra oposición, los partidos minoritarios y juntas directivas impuestas por el Tribunal Supremo de Justicia también gozan del mayor desprestigio posible. En realidad, nunca estuvieron en el radar de los electores. Ya en 2018, en las cuestionadas elecciones presidenciales, los números de Henry Falcón lo sentenciaron.

Otro problema que deja la ausencia de representantes legítimos es la imposibilidad de ejercer interlocuciones eficaces para resolver problemas de la cotidianidad comunitaria. Desde el Gobierno, porque todo es culpa de las sanciones y los enemigos extranjeros. Y desde la oposición, porque no tienen ninguna capacidad de gestionar internamente recursos, ni los del Poder Ejecutivo, ni los del Poder Legislativo.

La crisis de representatividad también socava la institucionalidad del país.

LOS QUE TODAVÍA SE MOVILIZAN

Cualquier aspiración de país posible, en este momento, pasa por identificar a los movilizadores, a quienes todavía piensan en el común y en las relaciones sociales como vía para reconstruir desde abajo. Es ahí, son esos espacios, donde

están los pocos o muchos desde donde hay que afinar una narrativa que ilumine la ruta.

Aunque, en el futuro inmediato, la perspectiva diga que apenas se abran las fronteras miles van a volver a cargar sus macundales para buscar nuevas oportunidades en el extranjero, hay que contar con los que por alguna razón seguirán aquí. Con ellos habrá que pensar la nueva forma de ejercitar la ciudadanía, de ejercer la libertad de pensamiento y el cómo realizar acciones que suturen las heridas del conflicto. Se hace urgente proveer herramientas que permitan volver a tejer las relaciones quebradas y la confianza defraudada.

Los que todavía se mueven por el común están regados en cada barrio, en los caseríos o comunidades indígenas, se evidencia en las buenas prácticas de la acción humanitaria. ¿Quién se remanga los pantalones para cortar la leña del fogón comunitario?, ¿quiénes son esas mujeres que amasan kilos de harina y preparan las arepitas de los niños?, ¿de dónde salieron? La respuesta es sencilla, son de ahí, de la misma comunidad que pasa hambre, del mismo pueblo olvidado al que nunca más llegó el gas. La diferencia entre ellos y el resto, quizás, es la semilla del bien común que alguien sembró y hoy se resiste al individualismo, a la mezquindad. Todo proyecto para cambiar este país que no los contemple a ellos está, sin duda, destinado al fracaso.

En este sentido, las organizaciones de la sociedad civil atraviesan también un momento crítico. Las reglas del juego cambian constantemente y el contexto las desafía de manera extrema. En 2021, según anuncios oficiales, podrían quedar seriamente limitadas en el acceso a recursos extranjeros para ofrecer servicios a los más vulnerables. Más allá de las amenazas legislativas, el reto de seguir siendo vigentes y útiles es altísimo, porque el país cambió y ellas también tienen que cambiar, adaptarse y ser tan flexibles como la operatividad lo demande.



CNNEE

UNA FE DE VIDA QUE NO CADUCA

Como al principio, los venezolanos somos una fe de vida constante. Como una botella con el mensaje de auxilio que se lanza al mar todos los días en espera de ayuda. Pero, lo cierto, es que el país no se acaba, aunque el panorama parezca sombrío, hay pequeñas acciones que se replican por todo el territorio que pudieran representar el inicio de un proceso que nos conduzca a nuevas formas de hacer comunidad.

Los venezolanos saben de abundancia y precariedad. Los más jóvenes de pobreza y miedo, de un Estado represor que mata porque sí, que no da señales de arrepentimiento, que engorda sus estadísticas de violación de derechos humanos en cada informe que redactan los funcionarios de Naciones Unidas. Un Estado que se enorgullece de sus Fuerzas de Acciones Especiales, que saben apretar el gatillo sin ningún resguardo, actúan sin pudor y ajustician sin cesar. Los más chamos, los sobrevivientes de esta aplanadora, merecen conocer otra realidad. Sería un acto de justicia construir junto a ellos otra forma de sociedad, una donde la educación y el trabajo valgan la pena. Donde el esfuerzo sea recompensado con oportunidades. Un país donde la producción de bienes y servicios sea más importante que el rentismo y la regaladera. Un lugar donde el populismo no sea la única política pública.

EL RETO PARA 2021

Después de un largo confinamiento, que todavía no termina, queda el reto de seguir construyendo el país de la resistencia, uno que no termine de bajar los brazos, que no se eche al abandono. Las experiencias exitosas no solo están para perderse en la historiografía. Del cooperativismo larense, por ejemplo, podemos aprender y revivir las prácticas sociales que generan bienestar a la comunidad. De algún plan de descentralización se pueden sacar con pinzas las claves para potenciar las capacidades de la gente que hoy solo deambula en busca de comida y medicinas. ¿Qué hizo bien este país alguna vez?, ¿qué hizo mal?, ¿cómo se construye una narrativa que movilice para el bien?

En el reto de un país en construcción todos tienen tareas pendientes. Pensar, reflexionar, discernir, rectificar, planificar, proyectar, diseñar, organizar, articular; todos son verbos para accionar en el nuevo año, son estratégicos para cumplir la premisa del país que se resiste a morir.

*Periodista. Gestora de contenido digital de la revista SIC.

**Periodista. Subdirector nacional de Comunicaciones del Instituto Radiofónico Fe y Alegría (IRFA)